

Historia: *historia*, materialidad y discurso

*Probablemente recordaras el cuaderno en folio manuscrito
(mejor dicho, aún no escrito) en el que tomaba apuntes sobre los
historiadores que leía. No podía ofrecer alguna justificación por
la manera de tratar a estos historiadores en la propia historia.*

*De modo que transformé el folio en cuaderno en cuarto
y a éste lo imprimí en octavo. Vaticina que
me traerá mayor éxito que el otro*

Leopold von Ranke (1824)¹

¹ Citado por Anthony Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado sobre la nota al pie de página*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 38.

La tendencia de filósofos, lingüistas e historiadores a centrarse en los presupuestos discursivos y narrativos de la *historia* ha contribuido a confundirla en su forma narrativa, con la Historia en su forma analítica, resultante del proceso de formulación de las ciencias durante el siglo XIX. Los enfoques discursivos tienden a descuidar la condición práctica, procedimental y técnica del análisis histórico, en procura de visibilizar la densidad narrativa que le gobierna, al margen del reconocimiento de los vínculos sociales e históricos donde se produce la historia. El analista se encasilla en la comprensión unilateral del discurso, como si éste se produjera por fuera de la vida social. Esta mirada idealista ha omitido el hecho de que el análisis histórico tiene una historia, que entre las consideraciones acerca del pasado por los antiguos y los modernos hay diferencias sustanciales en las lógicas que gobiernan la definición del pasado, en las condiciones enunciativas que organizan su narración. Ejemplo de esta unilateralidad es la propensión a agrupar, como piezas del mismo talante, obras históricas escritas bajo los influjos políticos

e históricos del siglo XIX, con otras que recogen las discusiones epistemológicas y culturales del siglo XX, aun cuando sus alcances, procedimientos técnicos y concepciones de la verdad pertenezcan a distintos complejos culturales e históricos. Sin duda, esta concepción tiende a pensar el análisis histórico bajo condiciones de producción, escritura y presentación universales e inmóviles, como si los sentidos pudieran ser férreamente controlados por los productores y como si las formas de circulación, apropiación y uso no provocaran desplazamientos que facilitarían transformaciones en las condiciones de producción y administración del discurso.

El análisis histórico no es, pues, un *a priori*: es una práctica que se ha modificado al tenor de los cambios acaecidos en las sociedades. Existen grandes diferencias entre la *historia* como género literario y el *análisis histórico* como procedimiento afianzado en las lógicas racionalistas y científicas en ciernes en el siglo XIX, diferencias que no se reducen sólo al problema del discurso, sino que comprenden los procesos de institucionalización, los procedimientos técnicos, la incorporación

de la escritura, el afán divulgativo y el uso del impreso como medio ideal para alcanzar un mayor número de lectores.

Michel de Certeau definió el *análisis histórico* como producto de una elaboración que denominó *operación historiográfica*, con la que enfatizó el carácter social y temporal de la Historia, “operación” sustentada en técnicas y procedimientos, inscrita en instituciones y condiciones particulares, denominadas *lugar de la enunciación*.² De Certeau subrayó la condición histórica del análisis histórico moderno, esto es, el hecho de que es una “operación”, una práctica en circunstancias sociales particulares; una actividad social en la que el historiador está inmerso en relaciones institucionales, políticas, sociales y de configuración del discurso y del escrito histórico. De esta manera, De Certeau

² Michel de Certeau, “La operación historiográfica”, en: *La escritura de la historia* [1999], México, Universidad Iberoamericana, 2006, pp. 67-118.

empezó a alejar las reflexiones historiográficas del acento discursivo y dio mayor importancia a los aspectos concretos que permiten pensar la autonomía epistemológica del análisis histórico con relación a literatura, la política y la moral.

La naturaleza narrativa del discurso histórico ha estado en el epicentro de los más importantes debates sobre la ciencia, la verdad y las relaciones entre ficción y realidad; la naturaleza dual de la Historia entre literatura y disciplina (organizada bajo condiciones de objetividad) ha supuesto un reto para filósofos e historiadores. Sin embargo, la poca aplicación a consideraciones empíricas y la costumbre de analizar el discurso bajo la idea de imposición, dejando de lado su carácter performativo y las condiciones en la cuales es apropiado por el auditorio o el lector, han menguado la posibilidad de dar al análisis histórico una presencia empírica que ayude a hacer perceptible la utilidad, los sentidos y los usos sociales con que cada época le ha investido. También se han descuidado los mecanismos de circulación del conocimiento del pasado, los modos concretos mediante los cuales se narra,

y las prácticas e instituciones que organizan y administran tanto la producción de discursos como su divulgación.

El estudio de la retórica y los modos argumentativos, de la trama y los tropos literarios y las disertaciones sobre las formas que ayudan a consolidar el análisis histórico como objetivo concreto han ayudado a robustecer un campo de estudios que ha desentrañado las complejidades lingüísticas del análisis histórico, aunque con frecuencia se ignoran las operaciones técnicas y las dinámicas institucionales que han confluído para que sea más que un género literario.

De la misma manera se ha pasado por alto el hecho de que el análisis histórico se presenta a la sociedad en formas concretas, en soportes que ayudan a rotular los sentidos y contribuyen a delimitar los usos, se olvida que las formas ayudaron a distinguir la Historia como género literario y la literatura del análisis histórico propiamente dicho. Estos aspectos son significativos para entender que el surgimiento del análisis histórico no se debió sólo a cambios en la naturaleza discursiva; también participaron

otros factores que pueden ser estudiados empíricamente. El estudio de las *materialidades* con las cuales el análisis histórico cobra existencia en la sociedad, es un terreno que apenas empieza a explorarse.

Por *análisis histórico moderno* entenderemos, en este texto, la Historia como disciplina o saber circunscrito a procedimientos, prácticas y teorías que definen su estatuto epistemológico de conformidad con las demandas de precisión y cientificidad del mundo moderno. Un saber organizado y estabilizado sobre estrategias racionales, de verificación de la información, de uso de fuentes a las que también se somete a la corroboración y análisis crítico, y a la construcción de formas narrativas definidas por aquellas destrezas. Así, la escritura es la acción que resume y presenta los transcurso de tipo racional y empírico de la Historia moderna, procedimientos que atribuyen nuevas dinámicas sobre el conocimiento.

Entendemos por *morfología o materialidad* las manifestaciones concretas de la escritura histórica, los soportes, los formatos y las estrategias

editoriales en que se materializa para ser apropiada por el público lector, que propicia usos y sentidos. Estudiar el análisis histórico implica establecer criterios de comprensión que vayan de lo discursivo a lo morfológico, es decir, de los contenidos y los modos de construcción de la narración al análisis de las formas, las materialidades que le dan existencia y que permiten que un discurso circule y sea apropiado por una sociedad.

En este sentido, en este texto abordamos la historicidad del análisis histórico y su definición como saber vinculado a las condiciones sociales en las que se redefinió en el siglo XIX,³ en función

³ Los análisis de Reinhart Koselleck y de Georg Iggers enfatizan en los rumbos que tomó el análisis histórico de tipo moderno en la sociedad alemana de principios del siglo XIX, relacionado con la creciente importancia de la universidad, la imposición generalizada de una nueva utilidad del saber histórico, la preocupación por la conservación de los documentos concernientes a Alemania, con los cuales justificaban la existencia nacional. Véanse Reinhart Koselleck, *historia/Historia*

de procedimientos y métodos objetivos que, elaborados de manera narrativa, se materializaron en formatos precisos, destinados a un público lector ávido de conocimientos políticamente útiles e ideológicamente pertinentes.

El libro de historia fue una de las herramientas más importantes para la circulación del conocimiento, un medio de inclusión política que afianzó procesos de democratización y facilitó el paso de la Historia como género literario al análisis histórico como disciplina y profesión, convenida institucionalmente. Las demandas efectivas del público lector y los desarrollos tecnológicos de la industria editorial facilitaron la intervención de recursos como gráficas, mapas, notas al pie de página, organización bibliográfica, etc., elementos que coadyuvaban a definir los alcances, los procedimientos y la presentación misma del análisis histórico.

[1975], Madrid, Trotta 2004, p. 153, y George Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales* [1992], Barcelona, Idea Universitaria, 1998, p. 14.

Georg Iggers⁴ asevera que, desde la Antigüedad se dio una tradición historiográfica, pero a partir del siglo XIX adquirió un nuevo tratamiento, caracterizado por la idea de investigación y de la profesionalización del saber en centros de enseñanza, lo que selló la separación con respecto a otros campos como el de la literatura, la moral, la filología, la política y el campo jurídico.

Así, este capítulo aborda tres problemáticas interrelacionadas y difícilmente separables, que aquí, por razones metodológicas, son tratadas individualmente, aunque aparecen elementos comunes que ayudan a concatenarlas. Ellas son: 1) el análisis histórico como producto de condiciones históricas forjadas en el siglo XIX; 2) la relación entre análisis histórico y escritura, en parte, producto de los procesos de racionalización del siglo XIX; y 3) el análisis histórico y su materialidad, esto es, la relación entre narración histórica y condiciones materiales que posibilitaron su re-

⁴ G. Iggers, *op. cit.*, p. 14.

definición, su existencia, su utilidad y su especificidad en el siglo XIX.

La relación entre análisis histórico y escritura, aunque obvia, no ha recibido suficiente tratamiento por los teóricos que, absortos en el discurso, han dejado de lado otros factores que le constituyen.⁵ No obstante, las inquietudes más actuales sobre los modos de recepción de los discursos y la acción de los públicos en la formulación de sentidos y usos han contribuido a pensar nuevos campos de análisis que han enriquecido el análisis histórico y su propia historia. A ello se suma la preocupación, aún más reciente,

⁵ Véanse, al respecto, Jacques Derrida, *De la gramatología* [1967], Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, y Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario* [1978], Barcelona, Paidós, 2003. Ambos autores hicieron grandes aportes a los debates historiográficos, precisamente por la centralidad que ocupa en sus investigaciones una teoría del discurso que tiende a desligarse del contacto con las condiciones y modos de la enunciación, con los lugares de la recepción, la construcción histórica de los sentidos y los usos.

por las formas concretas que adquieren los discursos, enunciados en formatos, en prácticas y en usos que, aun cuando han sido poco explorados por los historiadores de la Historia, anuncian un campo fértil para la comprensión discursiva, epistemológica y social del análisis histórico, vinculado a condiciones culturales que señalan rumbos y definen transformaciones. Las indagaciones por el análisis histórico deben reconocer el hecho de que se trata de un discurso escrito que reflejó los cambios en la función de la escritura en el siglo XIX, la cual traspasó los límites de la conservación e impuso la comunicación como principio regulador de la experiencia humana.

Esa función fortaleció los procesos de redefinición de la Historia y arrastró consigo la necesidad de combinar viejos modos de narración y materialización, con las demandas comunicativas y de exactitud de una sociedad que buscaba explicaciones sobre el pasado y certezas acerca del futuro. Nuestro interés, pues, rebasa las cuestiones del discurso. Nos detendremos de manera especial en la comprensión de los pú-

blicos de oyentes y lectores como agentes capaces de conferir sentidos inéditos. Pero pretendemos ir más allá. Por eso, siguiendo las pistas que nos da Roger Chartier⁶ sobre los formatos como elementos indispensables a la hora de estudiar los sentidos y las prácticas bajo las cuales se apprehenden los discursos, pretendemos ahondar en la comprensión del análisis histórico, no sólo como discurso producido, sino como materialidad de la que participan modos de narrar comprensibles para una sociedad, textualidades (orales en un tiempo, impresas en otro) que se compendiaron en formatos, que introdujeron prácticas y usos acordes con las demandas que la sociedad hizo a la Historia y con su juicio acerca de la utilidad del pasado.

En este capítulo procuramos, entonces: 1) centrarnos en la materialidad de la Historia; trabajamos la Historia como discurso, sin aden-

⁶ Roger Chartier, "Text as performance", en: *Publishing Drama in Early Modern Europe*, Londres, British Library, 1999, pp. 1-27.

trarnos en los análisis narrativistas de la filosofía anglosajona del lenguaje, entre cuyos representantes más destacados podemos nombrar a Anthony Danto, Walter Bryce Gallie y Morton White,⁷ y 2) estudiamos autores contemporáneos que han elaborado una historia del análisis histórico, dedicando especial atención a las condiciones que permitieron su florecimiento en el siglo XIX y que son de suma importancia para la comprensión de su situación epistemológica, cultural y social.

De la centralidad del discurso a la comprensión de sus formas

En las últimas décadas se ha desarrollado un campo de reflexión sobre problemáticas que

⁷ Arthur Danto, *Narration and knowledge* [1965], Nueva York, Columbia University Press, 1985; Walter Bryce Gallie, *Philosophy and the historical understanding* [1964], Nueva York, Schocken Books, 1968, y Morton White, *Foundation of historical knowledge*, Nueva York, Harper & Row, 1965.

atañen al análisis histórico moderno –como la sumatoria de procedimientos particulares para el estudio de las acciones humanas en el tiempo y las construcciones lingüísticas que las hacen aprehensibles– que, sin renunciar a la posibilidad objetiva del análisis histórico, ha logrado dar a la narrativa histórica un estatuto teórico que integra tanto el rigor de los procedimientos del análisis histórico, como el desarrollo de un relato coherente, capaz de dar cuenta de la complejidad de la existencia humana.⁸ En este campo,

⁸ Señalemos los aportes que hizo Michel Foucault a la constitución del análisis histórico como un saber alindado al lado de los procedimientos científicos de la modernidad; empero, sus análisis, aunque insertos en las grandes mutaciones de la sociedad occidental, estuvieron circunscritos a una comprensión del discurso como instancia de poder que poco contempló las posibilidades activas de los receptores o la incidencia de sus materializaciones. Véanse: Michel Foucault, *El orden del discurso* [1970], Barcelona, Tusquets, 2005, p. 76, y *La arqueología del saber* [1969], Buenos Aires, Siglo XXI, 2001.

obras como las de Paul Ricoeur,⁹ Hayden White,¹⁰ Frank Ankersmit,¹¹ entre otros, han permitido una mejor visión de la Historia en su doble condición, esto es, como saber racional y como representación narrativa del pasado. No obstante, algunos de estos trabajos se han concentrado en los problemas discursivos, sin que los formatos, los materiales, los soportes, los modos de recepción, las vías de uso, hagan parte de sus preocupaciones.

Un libro importante para el debate historiográfico contemporáneo es *Metahistoria*, de

⁹ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración* [1984], 3 vols., México, Siglo XXI, 2001, y *La historia, la memoria, el olvido* [2000], Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

¹⁰ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* [1973], México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

¹¹ Frank Ankersmit, *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora* [1994], México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Hayden White,¹² pese a que desvincula la Historia de las circunstancias sociales y culturales que le signaron como saber en proceso de formación durante el siglo XIX. El problema es que White, haciendo uso de la teoría de los tropos, lee el análisis histórico moderno que se elaboraba en aquel siglo como si se tratara de literatura y minimiza los hechos que corroboraban su escisión de la literatura. Según White, la ficción y la imaginación se entrecruzan en la Historia, que considera más un género tutelado por las demandas de la ficción, que un saber objetivo respaldado por procedimientos, prácticas y condiciones institucionales.¹³ Los procedimientos racionales y objetivos que caracterizan el análisis histórico hacen que la escritura esté controlada y sujeta a mecanismos de comprobación. No es, por tanto, una acción creativa al mejor estilo de

¹² H. White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, op. cit.

¹³ *Ibíd.*, pp. 9-47.

la literatura; es una práctica analítica que exige destrezas creativas controladas por métodos de precisión y objetivación institucionalizados.

El reconocimiento de las tradiciones narrativas que hace White es substancial, pues señala la permanencia de modos de contar comprensibles para la sociedad y la existencia de un público a quien va dirigido lo escrito: “el historiador, como escritor, se dirige a un público capaz de reconocer las formas tradicionales del arte de narrar”.¹⁴ El reconocimiento de las tradiciones narrativas es sustantivo si se advierte que estas se funden con las demandas epistemológicas del siglo XIX. La aparición del análisis histórico no implicó el abandono de tradiciones narrativas; de hecho, su existencia ayudó en su legibilidad y permitió que la sociedad comprendiera y usara sus contenidos. Pero a diferencia de White, no creemos que las matrices narrativas puedan reducirse a la pervivencia de la retórica con la que prueba la connotación literaria de la Historia y el

¹⁴ *Ibid.*, p. 28.

mantenimiento de la narración en el nivel del arte. Creemos, más bien, que la pervivencia de tradiciones narrativas ayudó a dar pertinencia e inteligibilidad al análisis histórico moderno y que ayudan a entender que el análisis histórico se organiza y transforma dentro de convenciones y determinaciones sociales.

El discurso y su consecuente materialización son fenómenos complementarios (no hay discurso sin un correlato material que le hace aprehensible) que ayudan a hacer comprensibles los usos y los sentidos que una sociedad les otorga. De una contemplación casi unilateral del discurso, se ha pasado a otra que establece relaciones entre aquél, las formas de producción, los modos de enunciación, los soportes, los formatos que permiten el acceso al público y los sentidos que éste puede concederle.

Quentin Skinner,¹⁵ uno de los más reconocidos representantes de la Escuela de Cambridge,

¹⁵ Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno* [1978], 2 tomos, México, Fondo de Cultura Eco-

polemizó con la tradición filosófica que idealiza los textos como verdades carentes de nexos con la sociedad y proclamó la necesidad de insertar las teorías en situaciones históricas, para dar a la filosofía hondura histórica. Estudió las vías de circulación de las ideas, las doctrinas y los sistemas filosóficos, y encontró que las formas de circulación y apropiación decantan horizontes de significados, públicos, modos de apropiación, estructuras retóricas y argumentativas, relaciones con el poder y mecanismos comerciales y económicos en los que también se inscribe y se define la filosofía.

Por su parte, Paul Ricoeur¹⁶ sostuvo que toda narración se da en el marco de las reglas que gobiernan la organización de relatos, y apoyado en esa hipótesis logró desmenuzar las especificida-

nómica, 1994, y “The Ideological context of the Hobbes’s political thought”, *The Historical Journal*, Cambridge University Press, vol. 9, núm. 3, 1996, pp. 286-317.

¹⁶ P. Ricoeur, en: *Tiempo y narración*, op. cit., vol. 1, *Configuración del tiempo en el relato histórico*, pp. 164-208.

des del relato histórico (el uso del pasado; el apoyo en fuentes documentales, generalmente escritas; la posibilidad de la verificación; la objetividad narrativa, la referencia exacta a tiempo, lugar, personaje y acontecimientos) con respecto a cualquier otro tipo de relato. En *Tiempo y narración*, Ricoeur se enfrenta a la aporía entre narratividad y temporalidad, que aborda a través de la triple *mimesis*, extendida en conceptos como *prefiguración*, *configuración* y *refiguración*, los cuales consignan formas de diálogo entre tiempo y narración: la primera tiene que ver con los medios de constatar lo acontecido; la segunda, con los modos de darle materialidad mediante la construcción de relatos que representan, y la tercera, con las operaciones de interpretación y explicación que fundamentan toda aprehensibilidad de la experiencia.

A pesar del carácter teórico de *Tiempo y narración*, Ricoeur no olvida que todo acto de prefiguración pergeña uno de configuración y que, a su vez, la acción configurativa engendra una de refiguración. Esta última es el punto de partida para la comprensión del sentido como producto

de la relación entre la experiencia de los lectores y las condiciones en las cuales circulan los textos; también evita caer en la suposición de la existencia de formas de poder totalizadas en los discursos que determinan, deliberadamente, las acciones de los hombres. Es, pues, la posibilidad de reivindicar la existencia de los discursos, más allá de los determinismos ideológicos y vincularlos con la sociedad.

Investigaciones posteriores como las de Roger Chartier,¹⁷ Donald F. Mackenzie¹⁸ y Guglielmo Cavallo¹⁹ sobre temáticas asociadas a la escritura han permitido la apertura de nuevas áreas de reflexión que, sin abandonar las del discurso, en-

¹⁷ Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993.

¹⁸ Donald F. Mackenzie, *Bibliografía y sociología de los textos* [1999], Barcelona, Akal, 2005.

¹⁹ Guglielmo Cavallo, "Entre el volumen y el codex. La lectura en el mundo antiguo", en: Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, dirs., *Historia de la lectura en el mundo occidental* [1997], Madrid, Taurus, 2004, pp. 109-152.

cuentran en la morfología y los análisis materiales un nuevo campo de investigación. En este ámbito, las indagaciones procuran incluir los formatos que cooperan en la definición de modos de apropiación y sentidos conferidos a los textos, no para describirlos técnicamente, sino para captar la relación entre las estrategias materiales y las apropiaciones. Ya Paul Ricoeur señalaba que no existe texto sin un lector que le dé sentido.²⁰

Autores como Jack Goody²¹ y Armando Petrucci²² han analizado las funciones bajo las cuales las sociedades han hecho uso de la escritura: una como registro dedicado a la conservación

²⁰ P. Ricoeur, “El mundo del texto y el mundo del lector”, en: *Tiempo y narración, op. cit.*, vol. 3. *El tiempo narrado*, p. 866.

²¹ Jack Goody, “Introducción”, en: Jack Goody, comp., *Cultura escrita en sociedades tradicionales* [1968], Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 11-38.

²² Armando Petrucci, *La ciencia de la escritura. Primera lección de paleografía* [2002], Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

y otra cuya función primordial es la comunicación. Mientras en la conservación prima la sacramentalidad, en la comunicación prima la posibilidad crítica. Las funciones de la escritura están unidas a materiales; Guglielmo Cavallo²³ señala que, en la Antigüedad, el uso de materiales sólidos como la piedra ralentizaba la circulación rápida y favorecía la conservación de los mensajes, mientras que en la sociedad moderna el papel es un soporte que agiliza y viabiliza la función de la escritura como comunicación.

Análisis histórico y escritura: función comunicativa, materialidades y públicos

Los usos y las apropiaciones del saber histórico están enmarcados por los procesos de desacralización que facilitaron la constitución de nue-

²³ Guglielmo Cavallo, “La alfabetización en Grecia y Roma”, en: Antonio Castillo Gómez, coord., *Historia de la cultura escrita. Del próximo Oriente antiguo a la sociedad informatizada*, Gijón, Trea, 2001, pp. 69-97.

vas fuentes de saber y otros referentes de la verdad, auspiciados por el acceso a publicaciones impresas que permitían criticar, discutir, debatir y cotejar los escritos históricos que tenían al alcance. El análisis histórico objetivado en formatos puntuales como los libros, correspondió con el desarrollo de las industrias editoriales que, abrazadas por las fronteras del territorio nacional, ayudaron en su definición.

La lenta separación entre la función antigua de la *historia* como propedéutica para la formación deontológica, y la del análisis histórico moderno como un saber ceñido a las condiciones de producción de verdad y de narrativa racional del mundo moderno, involucró el paso de una *historia* “dispensadora de un repertorio de ejemplos y lecciones”,²⁴ para ser repetidos y apropiados colectivamente mediante la oralidad, sin varia-

²⁴ Jacques Revel, “Recursos narrativos y conocimiento histórico”, en: *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social* [1984], Buenos Aires, Manantial, 2005.

ciones sustanciales en lo narrado, a la otra, que encontró en la lectura y en el debate uno de los puntales de su definición.

El análisis histórico no renunció a la memoria: requirió de la comunicación, la circulación y su institucionalización en centros de enseñanza especializados. Los medios de divulgación robustecieron comunidades académicas, permitieron la aparición de públicos cualificados, colecciones documentales y publicaciones de libros que favorecieron su configuración. Pensar el análisis histórico moderno es analizar las condiciones concretas de su aparición y los mecanismos sociales, económicos y culturales que contribuyeron en ese proceso.

La masificación de la industria del impreso y la proliferación de formatos ayudaron a configurar el análisis histórico como saber políticamente útil, con un público de lectores que cooperó, de manera sustancial, en la dilucidación de lenguajes, presentación de contenidos, creación y popularización de representaciones sobre fragmentos del pasado y uso de fuentes. Los lectores, los formatos y la industria editorial dieron

forma al análisis histórico y ayudaron a la aparición de grupos especializados de lectores de Historia, decisivos en la profesionalización del oficio y en su desprendimiento de la filología, el derecho, la literatura y la moral. La idea de la nación y la consolidación de una incipiente industria editorial permitieron la constitución de la Historia como un saber analítico, ligado a la escritura y destinado a públicos lectores, especializados y no especializados.

Michel de Certeau señalaba que el verdadero destinatario del libro de historia no es el gran público, “aun cuando sea su apoyo financiero y moral”, sino los “pares” o “colegas”²⁵ que localifican según criterios de rigor y cientificidad, que no coinciden con los de la mayoría. Agregaba que la no recepción de un libro por los pares haría que cayera en la categoría de “vulgarización”, apelativo con el cual se le extraería su calidad historiográfica.

²⁵ M. de Certeau, *op. cit.*, p. 75.

Aunque esta percepción puede ser cierta, es importante introducir matices que ayuden a entender la existencia de formas divulgativas cuya naturaleza ha ido variando históricamente, y que, desde luego, han sido una importante área de definición, materialización y circulación de la Historia, y un repertorio de gran importancia para elucidar los tránsitos del análisis histórico y los mecanismos bajo los cuales se ha reelaborado y presentado socialmente. Así que no nos quedamos con la palabra “vulgarización” como un adjetivo calificativo con el que se recorta la definición de un estudio como historiográfico, sino como un apelativo que nos ayuda a comprender las variaciones, las modificaciones, las materializaciones y los usos que han ido coadyuvando a la creación del análisis histórico, y las formas discursivas y materiales que han permitido su desplazamiento a través de públicos, escenarios, sociedades y épocas.

El análisis histórico se produjo en el seno de las modificaciones políticas, culturales y sociales del mundo occidental del siglo XIX, cuando la escritura como práctica incorporó nuevos usos,

modos de clasificar y ordenar a la sociedad. La escritura fue una representación de los procedimientos de racionalización. Mediante el texto escrito se organizaron espacios públicos²⁶ y de sociabilidad. Como lo explicara Immanuel Kant,²⁷ en un espacio universal en el que primaba la argumentación sobre las jerarquías y los órdenes sociales, la escritura fue una de las expresiones significativas de la racionalidad: facilitaba la comunicación, la crítica y la creación de comunidades, más allá de los límites que imponía el territorio, a la vez que superaba el registro de la memoria.

Esta perspectiva apunta a pensar el análisis histórico moderno en dos niveles:

1. Uno semántico, dedicado al estudio del discurso histórico, a sus modos de enunciación,

²⁶ Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa* [1995], Barcelona, Gedisa, 2003.

²⁷ Immanuel Kant, “Respuesta a la pregunta ‘¿Qué es la Ilustración?’”, en: *Filosofía e Historia* [1772], México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 25-38.

a los sistemas de narración y a los dispositivos lingüísticos, documentales y de uso del archivo en la construcción de la trama histórica, debido a los cuales la Historia como análisis se fue diferenciando y escindiendo de otras formas narrativas como la literatura, la moral, la política o la escritura jurídica.²⁸

2. Otro morfológico, que examina las materialidades mediante las cuales ha circulado y se ha presentado. Esta noción fue desarrollada por Jean Hebrard y Roger Chartier en el prólogo que juntos hicieron del libro de Armando Petrucci,²⁹ para indicar que las formas materiales y los soportes son tan importantes como sus contenidos, pues sugieren sentidos, designan me-

²⁸ Roland Barthes, “El grado cero de la escritura”, en: *El grado cero de la escritura seguido de nuevos ensayos críticos* [1972], México, Siglo XXI, 2000, pp. 11-57.

²⁹ Roger Chartier y Jean Hebrard, “Morfológia e historia de la cultura escrita” (prólogo), en: Armando Petrucci, *Alfabetismo, escritura y sociedad*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 11-21.

canismos de apropiación y uso, y son el único medio a través del cual un texto cobra existencia.

El análisis morfológico implica un replanteamiento de los análisis puramente semánticos. No existe ningún texto desprovisto de una materialidad, sea esta oral o escrita. Las formas de divulgación, los medios de circulación y los formatos atienden a la necesidad de hacer comprensibles los textos; estas demandas están inscritas en condiciones históricas de uso, apropiación y pertinencia textual.

Mackenzie ha abogado por la ampliación de la noción de *texto* a través de su *expresividad*, esto es, del reconocimiento de la forma del texto ligada a los mecanismos de producción, circulación y apropiación, para señalar que las “formas repercuten en el significado”,³⁰ que las funciones de “registro y comunicación” son “interdependientes”,³¹ incluyen tanto la produc-

³⁰ D. F. Mackenzie, *op. cit.*, p. 30.

³¹ *Ibíd.*, p. 22.

ción de los impresos, los modos de circulación, su recepción y uso. Por su parte, Roger Chartier señaló la necesidad de identificar histórica y morfológicamente las escrituras y las modalidades de transmisión de los discursos, preguntándose por las heterogéneas grafías que tutelan la producción, la circulación y la apropiación de los textos, y que abarcan los discursos, sus representaciones y prácticas.³²

Los soportes, los formatos, la presentación de los contenidos adquieren sentido porque permiten analizar y comprender elementos de apropiación, sentidos concedidos y usos. La dimensión física admite vincular el saber histórico a condiciones concretas de la existencia humana, como un saber producido en situaciones materiales específicas, dirigido a públicos que le otorgan sentido.

En los siguientes acápites procuramos estudiar la importancia que reviste la comprensión

³² Roger Chartier, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Madrid, Cátedra, 2000.

de los formatos y los rituales de circulación en el paso de la *historia* tal como se concibió en la Antigüedad, al análisis histórico moderno.

Retórica, propedéutica y memoria

A finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX se produjo una cesura con respecto a la emergencia del análisis histórico de tipo moderno: la *historia* como narración de hechos ejemplares, con destinación propedéutica, cedió terreno ante las exigencias políticas y epistemológicas de nuevas interpretaciones y vínculos con el pasado.

La denominada *historia magistra vitae* fue la formulación más conocida del saber histórico. La función moralizante y la presentación del conocimiento mediante sentencias que implicaban el juicio del tiempo sobre las acciones humanas, reforzaban la imagen de la *historia* como tribunal que impartía justicia sobre las acciones bondadosas y maléficas de los hombres. Las narraciones históricas con función propedéutica suplían la poca presencia de textos escritos (impresos o manuscritos). La memorización garantizaba el mantenimiento de versiones más

o menos comunes, que se aprendían no tanto para conocer los acontecimientos del pasado, cuanto para extraer de aquél elementos morales indispensables para la vida social, el mantenimiento del orden y de las jerarquías, y el cumplimiento de las leyes sobre las cuales estaba organizada la sociedad.³³

Como lo estudiara Roland Barthes,³⁴ la retórica reinó entre los siglos V y XIX. Se le tenía como el arte de la persuasión, que con un conjunto de reglas correctamente aplicadas permitía convencer al oyente de las palabras del orador. Era también una sumatoria de reglas morales que, aplicadas al lenguaje, bajo la aspiración de la corrección lingüística, impedía los desvíos del lenguaje personal y permitía la adscripción a los grupos sociales que representaban la corrección lingüística de los propietarios de la palabra.

³³ J. Revel, *op. cit.*, p. 237.

³⁴ Roland Barthes, *Investigaciones retóricas*, traducido por Beatriz Dorriots, Buenos Aires, Tiempo contemporáneo, 1974, vol. I. *Ayudamemoria*, p. 9.

El orador siempre partía de verdades aceptadas y formas reconocidas por el auditorio;³⁵ su capacidad retórica estaba sustentada en el hecho de hacer prevalecer unos juicios sobre otros. La importancia del orador residía en su capacidad de adherir a las verdades reconocidas el despliegue técnico, es decir, la capacidad argumentativa para convencer y persuadir. No se esperaba que el orador creara nuevas verdades o transformara las ya existentes, sino que tuviera suficientes destrezas para adaptar el discurso al auditorio, con el objeto de persuadirle.

Desde la retórica de Aristóteles se reconocieron tres géneros del discurso: deliberativo, judicial y epidíctico. Los tres géneros estaban unidos a tres lugares: la asamblea, el tribunal y las reuniones conmemorativas. Los discursos estaban organizados para destinatarios en condiciones determinadas de escucha.

³⁵ Paul Ricoeur, “Retórica, poética y hermenéutica”, en: Mario J. Valdés *et al.*, *Con Paul Ricoeur: indagaciones hermenéuticas*, Caracas, Monte Ávila, 2000, pp. 123-135.

El discurso *deliberativo* era pronunciado ante una asamblea para que ésta tomara decisiones respecto de una acción futura; el *judicial* era enunciado ante un tribunal con el fin de defender o de acusar con respecto a un suceso pasado, mientras el discurso epidíctico, de particular interés para los historiadores, era una exposición oral efectuada en público para relatar o hacer referencia a hechos pasados, que no pretendía descubrir nuevos hechos o dar nuevas interpretaciones a los ya conocidos. El orador partía de las verdades ya reconocidas para conmover y convencer a los espectadores.

Para lograr este cometido, el orador aprovechaba recursos antinómicos, como el *encomio*, que alababa las acciones bajo las normas de presentación de la verdad, y el *denuesto*, que mostraba, de manera argumentada, los efectos perniciosos de los acontecimientos ya conocidos. Así, partiendo de un mismo cuerpo de verdades reconocidas culturalmente sobre el pasado, los discursos epidícticos de las conmemoraciones públicas aspiraban persuadir al auditorio sobre la grandeza o la crueldad de lo acontecido, ex-

poniendo verdades ya implantadas, pero argumentadas de manera tal que produjeran sentimientos de pasión o repudio entre los oyentes.

Bajo estas condiciones, la verdad histórica, antes que un cúmulo de postulados verificables por la observación y el análisis, era el resultado del arte retórico, capaz de disponer de una serie de juegos del lenguaje, de estrategias retóricas tendientes a convencer, a persuadir de la verdad de lo dicho. La *historia* y la literatura se fundían en una narrativa que, mediante la descripción y el uso de fórmulas retóricas argumentativas, elaboraba el relato del pasado, unido a la vigilancia e invocación de ciertas fuentes constituidas en depósitos de la verdad de los hechos.

Eric Cochrane, especialista en el estudio de la *historia* durante el Renacimiento y el período Barroco, afirma que en siglo XVI los historiadores estaban obligados a seguir los antiguos modelos, confinados a los asuntos de sus narrativas o a los temas políticos y militares, y a escribir sólo acerca de esos asuntos que previamente habían sido erigidos como la verdadera *historia*.

La retórica seguía proveyendo de una adecuada explicación para lo que ellos estaban haciendo como historiadores.³⁶

La *historia* era una forma de literatura, que operaba según los procedimientos de argumentación y de presentación de los acontecimientos, bajo las fórmulas de la retórica. Su primera preocupación no era el conocimiento metódicamente adquirido, sino mantener vivos, en la memoria, los grandes hechos constituidos en ejemplos para las generaciones por venir, pues antes que el conocimiento de lo efectivamente pasado, estimulaba el aprendizaje del pasado como modelo de vicios y virtudes.

La *historia* se expresaba en mecanismos de difusión particulares, ceñidos a las propiedades mismas de la retórica. La enseñanza oral, la recitación de los contenidos, la memorización de

³⁶ Eric Cochrane, "The transition of Reinassance to Baroque. The case of Italian historiography", *History and Theory*, vol. 19, núm. 1, febrero de 1980, p. 28, y "The profession of historian in the Italian Renaissance", *Journal of Social History*, vol. 15, núm. 1, 1981, pp. 51-72.

los eventos más importantes y la moralización de la vida de oyentes, oradores y estudiosos de la historia eran elementos consustanciales al saber y a la narración histórica. Los procedimientos de construcción del saber histórico en la denominada *historia magistra vitae* estaban íntimamente unidos con los mecanismos de difusión, los formatos reconocidos y usados por la sociedad, y las finalidades del saber, que en este caso estaban más emparentados con la moralización que con el aprendizaje de un saber propiamente útil, en los términos pragmáticos de la sociedad moderna.

Aunque en la *historia magistra vitae* nociones como las de *uso de la historia*, *formas de divulgación* o *mecanismos de apropiación* no eran explícitas, es ineludible mencionar la función de la oralidad en la transmisión de un saber que, aunque tejido mediante la escritura, estaba ajustado a las condiciones culturales y a las nociones mismas que definían la verdad. La repetición de contenidos incorporados socialmente, la transmisión mediante la verbalización, los ejercicios de memorización, los medios de circulación, garantizaban la moralización y la conservación

en la memoria de acontecimientos definidos como depositarios de la verdad del pasado. El uso de normas retóricas favorecía la memorización, la construcción de la verdad y la organización de los argumentos necesarios para persuadir o convencer al auditorio.

En la Antigüedad, la *historia* estaba condicionada a lo que se consideraba la verdad. Michel Foucault³⁷ analizó la verdad como resultado de los entrecruzamientos entre discursos, prácticas y sujetos que se van organizando históricamente, distanciándose así de las posturas que la definen de manera universal e intemporal. Más que un ejercicio intelectual de búsqueda de hechos comprobables y verificables mediante análisis racionales, observaciones empíricas y demostraciones factuales, la verdad en la *historia magistra vitae* se entendía como la capacidad de persuadir por medio de la elocuencia y la oratoria, al mejor estilo de los abogados o de los clérigos.

³⁷ Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas* [1976], Barcelona, Gedisa, 2000.

Análisis histórico, tradiciones narrativas e inteligibilidad

Uno de los procesos de transformación del saber histórico, entre los siglos XVIII y XIX, estuvo marcado por su paulatino distanciamiento de la retórica, del aprendizaje memorístico, y de la divulgación y el mantenimiento de los tradicionales modelos de presentación y representación de los acontecimientos ocurridos en el pasado. Tal escisión supuso la redefinición de la Historia como un análisis de tipo racional, sometido a los mecanismos de crítica y reflexión del análisis científico, un saber concretado en formas escritas precisas y organizado en instituciones, espacios idóneos para la formación de historiadores profesionales y para la enseñanza de técnicas acreditadas para su ejercicio, las mismas que lentamente separaron al literato del historiador y a la literatura del análisis histórico.

Ankersmit sintetiza el proceso así: “el escrito histórico requirió el abandono de la retórica y de efectos literarios, puesto que se creía que

estos obstaculizaban el camino de la verdad histórica”.³⁸ Sin embargo, los historiadores del siglo XIX procuraban escribir como buenos autores literarios para un público amplio: Leopold von Ranke, Alexis de Tocqueville, Jules Michelet o Theodor Mommsen eran conscientes de la importancia del público y del éxito editorial de sus investigaciones. Durante el siglo XIX, la escisión entre literatura y análisis histórico era, apenas, un proceso en ciernes. La ambigüedad al respecto era explotada para la conquista de lectores. Llama la atención que el Premio Nobel de Literatura en 1902 fuera para Theodor Mommsen, por *La historia de Roma*.

Toda narración se expresa según las formas que una sociedad en un momento determinado está en capacidad de comprender. Esto es válido en la oralidad y la escritura. Paul Ricoeur señalaba que “el lector es llevado hacia el tipo de figura que asimila (*liken*) los acontecimientos

³⁸ F. Ankersmit, *op. cit.*, p. 36.

referidos a una forma narrativa que nuestra cultura nos ha hecho familiar”.³⁹

El análisis histórico, en su versión moderna, requirió de modalidades narrativas que mezclaban los tradicionales usos de la retórica con las exigencias enunciativas, argumentativas y de presentación de pruebas que imponía el método científico. A esto se unen materializaciones y formatos particulares, tendientes a darle un carácter más organizado y coherente con las exigencias académicas, políticas y editoriales de un mundo que, como el capitalista, demandaba saberes que facilitaran su autocomprensión, incentivaran su producción y legitimaran su existencia.

En consecuencia, el análisis histórico de tipo moderno debió ceñirse a las condiciones sociales y económicas imperantes, pero, a la vez, debió recurrir a cánones narrativos, temáticos e incluso ideológicos, que le permitieran legibilidad en términos sociales y culturales.

³⁹ P. Ricoeur, “La realidad del pasado histórico”, en: *Tiempo y narración*, *op. cit.*, vol. 3, p. 859.

Es necesario explorar el campo de tradiciones narrativas que se dinamizaron con los impresos y que participaron de las narraciones históricas. Matrices narrativas como la *piadosa*, la de *viajes* o la de *aventuras*, reconocidas culturalmente, fueron el recurso de autores e impresores para garantizar la legibilidad de lo impreso. A lo largo del siglo XIX, estas matrices narrativas fueron complementadas por las nuevas argumentaciones de la cientificidad.

Los trabajos de Reinhart Koselleck⁴⁰ han sido importantes para el abordaje histórico del análisis histórico. Koselleck ha propuesto la denominada *Historia conceptual*, que define los conceptos como expresiones sociales colmadas de significados políticos, culturales e ideológicos, y demuestra que su implementación, modificación y uso resultan de las relaciones sociales

⁴⁰ R. Koselleck, *historia/Historia*, op. cit.; *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* [1979], Barcelona, Paidós, 1993, y *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués* [1969], Madrid, Trotta, 2007.

que condensan sus contenidos. Este autor explora las dimensiones sociales, las mutaciones que se operan en una sociedad, a través de los usos que se hacen de un concepto y de los sentidos con los con los que se colma.

Koselleck introduce los factores de tiempo, espacio, condiciones políticas y concepciones del tiempo, bajo la premisa de que la unión entre *Geschichte* (saber histórico) e *Histoire* (relato histórico) ha sido, en parte, producto de la filosofía.⁴¹ En el paso de la *historia magistra vitae* a la Historia como la *ciencia* cuyo objeto es la narración del pasado –del pasado como depósito de ejemplos y la Historia como posibilidad de hacerlo aprehensible de manera más o menos objetiva–, se definió el campo semántico de la Historia moderna. Este paso, según Koselleck, no hubiera sido posible sin la aparición de la noción de *futuro* como temporalidad escindida de la predestinación ligada a la voluntad de

⁴¹ R. Koselleck, *historia/Historia*, op. cit., p. 41.

la divinidad. El futuro, producto de la gestión colectiva, ha sido definido por Koselleck como *horizonte de expectativa*.⁴² Tal giro imprimió un rasgo distintivo a la Historia moderna: interesada menos en la fijeza del pasado, centró su atención en la certeza del cambio y la idea de progreso.

La obra de Koselleck ha abierto un importante camino para el análisis de la historicidad del análisis histórico. La reconstrucción semántica del concepto de Historia reconoció la fusión entre una forma narrativa que se ocupaba del pasado y un ciencia que hizo de los cambios operados en el tiempo un discurso que integraba la experiencia humana en condiciones y contextos geográficos específicos, estableciéndose una asociación entre la historia como aquello que acontece y la Historia como ciencia que se ocupa del análisis y la narración de lo acontecido, mediante el borramiento de las singularidades y la abstracción de un tiempo que se piensa como categoría colectiva de la existencia.

⁴² R. Koselleck, *Futuro pasado*, *op. cit.*, pp. 333 y ss.

La Historia abandona la función propedéutica de las narraciones del pasado y conquista la experiencia como espacio de reflexión sobre los aconteceres humanos; la reflexión se manifiesta en las formas escritas que la sociedad ha erigido como mecanismos de narración de su propia experiencia. Desde entonces, “escribir la historia y hacer la historia no son dos actos diferentes”.⁴³

⁴³ R. Koselleck, *historia/Historia*, *op. cit.*, p. 21. De la misma manera, Paul Ricoeur señala, en el tercer tomo de *Tiempo y narración*, que “hacer historia es producir algo” (p. 851), afirmación que busca mostrar la fusión que la experiencia moderna produjo entre la narración de los hechos del pasado y la formalización académica de un saber que indaga por el pasado y que cobra existencia mediante procedimientos narrativos configurados y refigurados a través de la escritura. Frank Ankersmit ha introducido una crítica con respecto a la tendencia creciente a confundir *escritura histórica* e *investigación histórica*, señalando que los estudios historiográficos se han centrado en los problemas epistemológicos propios de la investigación histórica, ignorando las particularidades de la escritura histórica. Por eso afirma que pese a la importancia de la obra de Ricoeur, este regresa de la tradición narrativa a la epistemológica. Véase F. Ankersmit, *op. cit.*, p. 145.

En consecuencia, los cambios en el concepto de Historia como neologismo moderno estuvieron ligados a los cambios sociales y políticos, a la vez que la narración histórica en su sentido moderno se abrazaba a las condiciones que imponía una sociedad secularizada en procura de explicaciones y narraciones para comprender el pasado, y no para sacar de él ejemplos de moralidad.

De manera implícita, Koselleck ubica a la Historia en las antípodas de la abstracción lingüística; alude al análisis histórico moderno como saber unido a la existencia, vislumbra las potencialidades concretas del concepto de Historia y restituye sus nexos con la sociedad. En *historia/Historia*, Koselleck sostenía que la Historia estaba dirigida a un “amplio público de oyentes y lectores”,⁴⁴ frase con la que enfatizó en su condición de saber de la experiencia humana y en la importancia de los destinatarios que con-

⁴⁴ R. Koselleck, *historia/Historia*, op. cit., p. 112.

tribuyen a precisar las formas y las condiciones sociales de su producción y divulgación.

Análisis histórico, discurso, morfología y oficio

A pesar de que el estudio de los discursos no ha perdido interés, se ha visto revitalizado por nuevas consideraciones que han facilitado la comprensión de dimensiones históricas y sociales antes ausentes. Desde áreas distintas, Paul Ricoeur y Quentin Skinner, por citar solo dos de los más lúcidos investigadores de estas problemáticas, han prestado atención a los discursos, pero esta vez han rescatado al público (lector u oyente) como agente activo que confiere sentidos que a veces no concuerdan con aquellos endilgados al discurso. No obstante, aún los formatos o las materialidades no se constituyen en cuestión determinante en las investigaciones.

Chartier y Mackenzie han reparado en que la producción de los discursos y la recepción por públicos activos se refuerza con la inclusión de los soportes, o de las materialidades que dan existencia a los discursos, llámense *textos es-*

critos o *textos orales*, y en modalidades singulares como los sermones, los libros, las oraciones, los catecismos.⁴⁵ Este enfoque, sin descuidar la producción de discursos, consigue integrar una visión del público como agente activo, a lo que añade la incidencia de los soportes en la construcción de los sentidos y las prácticas que van aparejadas con los modos de recepción y las formas de apropiación y transformación que una sociedad hace de un discurso.

Esta afirmación nos ayuda a pensar en la importancia del lector, o del público, como fin último de toda investigación histórica moderna, teniendo en cuenta que en el análisis histórico prevalece la función comunicativa sobre la función de preservación de la memoria. Chartier destacó la importancia de la línea feno-

⁴⁵ Roger Chartier, *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 2005, e *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI- XVIII)*, Buenos Aires, Katz, 2006; D. F. Mackenzie, *op. cit.*

menológica desarrollada por Ricoeur. No obstante, señaló que no sólo se necesita del lector, que los textos no pueden ser pensados en abstracto, desprovistos de materialidad, sino que se reconoce que “la forma que le da a leer participa, a su vez de la construcción del sentido. El mismo texto fijo en su letra, no es el mismo si cambian los dispositivos del soporte que le transmite a sus lectores”.⁴⁶ Los soportes señalan sentidos, definen público y formas de presentación de los contenidos, que a su vez se convierten en prácticas y procedimientos que ayudan a la apropiación, fundan los usos y permiten sus transformaciones.

Los tránsitos y las transformaciones, así como las materialidades y los usos, coinciden con las representaciones que del pasado se hace una sociedad, que a su vez armonizan con la con-

⁴⁶ Roger Chartier, “Lecturas y lectores ‘populares’ desde el Renacimiento”, en: Roger Chartier y Guglielmo Cavallo, *Historia de la lectura en el mundo occidental* [1997], Madrid, Taurus, 2004, pp. 480 y ss.

ciencia que aquella tiene de sí misma. François Hartog ha denominado a esta relación *régimen de historicidad*,⁴⁷ expresión con la que muestra que las nociones del pasado cambian de una época a otra, pero también cambian los referentes sobre los cuales se modulan las relaciones entre el análisis histórico y una colectividad, y las variantes que designan el papel y las representaciones que de los historiadores se hacen las sociedades. La Historia es un discurso, pero un discurso cuyas determinaciones hay que buscar, no en las convenciones eternizadas de un género literario, sino en las prácticas forjadas por instituciones, por las singularidades técnicas de una disciplina diferente según las épocas y los lugares, articulada por las divisiones variables entre verdad y falsedad, y por las propiedades de la prueba. Los desplazamientos acaecidos en el análisis histórico, por ejemplo, podemos hacerlos

⁴⁷ François Hartog, “Órdenes del tiempo, regímenes de historicidad”, *Historia y grafía*, México, Universidad Iberoamericana, núm. 21, 2003, pp. 73-102.

visibles entre la idea que tenía Marc Bloch sobre el pasado, el análisis histórico y el oficio del historiador, y la que, hacia los años setenta del siglo xx, tuvo Michel de Certeau sobre las mismas temáticas en un régimen historiográfico dominado por el debate entre análisis histórico y géneros literarios.

Para Marc Bloch,⁴⁸ el historiador debía disponer de una serie de tácticas indispensables para abordar los documentos depositados en archivos. Su actitud debía ser inquisitiva, ya que su oficio le exigía la extracción de la información almacenada en las huellas dejadas por el pasado. Las prácticas se comprendían como una secuencia de ejercicios racionales que cuestionaban los testimonios sobre la verdad o falsedad de sus contenidos. El pasado podría ser conocido de manera transparente y objetiva por el historiador, pues como *algo dado*, estaba sedimentado en las huellas disponibles para el conocimien-

⁴⁸ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 70.

to del historiador. El quehacer del historiador dependía de su pericia creativa y de cierta destreza individual para recomponer el pasado en su totalidad.

En cambio, Michel de Certeau⁴⁹ puntualiza la Historia en la convergencia de tres elementos activamente integrados: las instituciones, las prácticas científicas y la escritura. La posturas de De Certeau plantean un desplazamiento con respecto a Bloch, pues mientras este analizaba el pasado como una esencia lista para ser indagada y restaurada en sus múltiples variables, aquel pensaba el pasado como el producto de operaciones racionales que le dan forma y que lo constituyen en estrecha relación con el presente; es decir, antes que un dato dado o una temporalidad existente *a priori*, el pasado es una elaboración que hace el historiador.

La definición del pasado que daba De Certeau podría ser catalogada de relativista; no obstante, este autor se cuidó de asumir tal posición. El

⁴⁹ M. de Certeau, *op. cit.*, p. 86.

protagonismo que concedió a los procedimientos historiográficos, al papel de la institución como proveedora de medios técnicos, lenguajes, temas y modos de enunciación del análisis histórico frenan la dispersión subjetiva en sus modos de elaboración y de configuración del pasado.

El historiador realiza un oficio, pero no al estilo artesanal de Bloch. Es, más bien, el trabajo meticuloso del científico sometido a condiciones institucionales y a las exigencias que le demandan el propio presente. La inclusión de tecnologías y técnicas acordes con los desarrollos históricos, especifican también los cambios en los procedimientos o en la operación. Pero es definitivamente la confluencia de los procedimientos lo que designa la Historia como ciencia y la arrancan de la literatura o de la especulación.

Análisis histórico: prácticas, usos y formatos

La función comunicativa supone el establecimiento de ritmos, prácticas y secuencias de circulación de lo escrito, en los que se pueden com-

prender tres instancias: la primera es el *pacto* que entabla el autor con el lector. En esta instancia existe la presunción de que la Historia se adhiere a la escritura de acontecimientos efectivamente sucedidos y que el autor es “autoridad” que ha sido capaz de restituir, en la fragmentación de la información de los documentos, una secuencia narrativa que explica, describe o interpreta los vestigios o las huellas que mayoritariamente han sido conservados a través de la escritura.

La definición del pacto entre el lector y el autor involucra los niveles y las modalidades de lectura, pero, a la par, los formatos librescos, las grandes colecciones, los sistemas de pie página, el uso de referencias permanentes a documentos que constituyen la prueba de la escritura son elementos de estabilización del análisis histórico moderno y son, además, constitutivos de su nivel de formalización. Por último, se impone la idea de circuitos de comunicación que, a todas luces, rompe con el modelo teleológico y pasivo en el que el receptor es un depositario final en el que muere toda la cadena. El pacto entre el lector y el autor no se concibe de manera etérea; se establece

a partir de prácticas que permiten la circulación de los contenidos y estipulan usos.

La segunda instancia tiene que ver con la presentación del texto bajo *modalidades materiales específicas y soportes* que guardan relación con las formas de producción de una sociedad y con las destinaciones propias de cada texto. Estas consideraciones son pertinentes para ahondar en las relaciones entre *análisis histórico moderno* y *escritura*, pues mientras los soportes en los que se escribía fueron pesados y de difícil circulación, la *historia* estuvo abocada a constituirse en una narración que recababa sobre la conservación de la memoria y la lucha por cuidar de las versiones reconocidas.

En esta función memoriosa, la alternancia entre olvido y memoria es el medio que permite la adecuación y la pertinencia narrativa en la sociedad. Jack Goody e Ian Watt⁵⁰ denominan

⁵⁰ Jack Goody e Ian Watt, “Las consecuencias de la cultura escrita”, en: Jack Goody, comp., *Cultura escrita en*

este proceso *homeostasis*, es decir, equilibrio dinámico que consiente en la alternancia activa entre la memoria y el olvido, de tal manera que lo que se recuerda es siempre necesario para una sociedad. Así, la historia va ligada a las dos operaciones: por un lado, la conservación de versiones comunes de los aconteceres del pasado; por otro, la organización del olvido⁵¹ como corolario que permite arrinconar aquellos acontecimientos que pierden significación o que ahondan heridas colectivas, y que a la vez consienten la incorporación de sucesos que se convierten en sistemas de referencia grupal tanto en el sentido diacrónico como sincrónico.

La tercera instancia versa sobre *los soportes y la agilidad en la transmisión de los contenidos*. Con los procesos de secularización y racionalización, la función de la Historia también varió y su mutación en análisis histórico moderno halló, en el

sociedades tradicionales [1968], Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 39-82.

⁵¹ *Ibid.*, p. 42.

papel y en la forma libro, aliados indispensables en el proceso de redefinición. Las narraciones históricas conservadas en manuscritos y pergaminos, como soportes que sacralizaban su función memoriosa, encontraban en la oralidad el medio que permitía la transmisión de los relatos, aunque la solidez de las formas y su condición casi monumental les convertían en referentes casi inmóviles de la verdad. Con los procesos de modernización, el análisis histórico se definió como un saber central, como una ciencia útil para la comprensión total de la experiencia humana, un saber que debía comunicar y congrega a la humanidad en función de la narración progresiva de los valores que encarnaba la civilización.

Así que los formatos portables, la agilidad y la liviandad del papel, y las posibilidades tecnológicas de las imprentas permitieron la gestación de formas de presentación del análisis histórico moderno, en las que los sistemas de notas de pie de página, las citación minuciosa de las fuentes, las organizaciones bibliográficas y editorial de los textos, el uso de gráficos, mapas y grabados le dieron mayor densidad episte-

mológica, y, en términos de representación libresca y textual, le proveyeron su nueva posición: de saber articulado por la retórica y el arte de la persuasión a conocimiento decantado por las exigencias de las ciencias modernas, concretado en libros que, a través de variados mecanismos editoriales, le otorgaban existencia.

En el proceso de transformación de la *historia magistra vitae* al análisis histórico moderno se transformaron también los modos de circulación, los formatos y los usos. En la primera prevaleció la memoria como mecanismo de fijación de los ejemplos consignados por las escrituras y considerados como verdades inalterables. En la segunda, la lectura se convirtió en medio sustancial de adquisición de un saber socialmente útil y preparado para la crítica y el debate.

No obstante, la prevalencia de la oralidad no implicó la desaparición de la escritura, ni viceversa. Afirmar lo contrario sería establecer falsas antinomias que impiden comprender los funcionamientos y los modos de constitución de las prácticas sociales que ayudan a la circulación y la divulgación de los saberes.

La relación entre la escritura, el impreso en forma de libro y el análisis histórico son elementos inseparables de un mismo proceso. La organización y la estabilización del análisis histórico de tipo moderno requirieron de mecanismos ágiles de circulación y de divulgación, de formatos portables que facilitaran el uso de los libros, y de convenciones, como las notas de pie de página y la citación de documentos de archivo, que enfatizaban la especificidad del saber y su diferenciación con respecto a la literatura, la filosofía o la moral. A este propósito señalaba Fernando Bouza: “El formato garantizaba tanto que pudiera ser adquirido en mejores condiciones que los grandes volúmenes de las obras completas[,] como facilitaba una práctica de lectura muy determinada, liberada del oratorio o de la biblioteca y el escritorio, susceptible de ser realizada en cualquier lugar”.⁵²

⁵² Fernando Bouza, “De lo material en el texto”, en: Roger Chartier, ed., *¿Qué es un texto?* Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2005, p. 55.

El libro de historia fue, pues, una de las materializaciones posibles del análisis histórico de tipo moderno, producto de operaciones especializadas.⁵³ Fue el objeto que sintetizó las aplicaciones prácticas, teóricas, metodológicas y epistemológicas de un saber que buscaba un mayor nivel de pertinencia social y política, a la vez que indicaba, a través de su estructura, modos de lectura, sentidos controlados y la presentación racional de un saber que encontraba en las notas al

⁵³ La concepción de libro como intersección de oficios, trayectorias y funciones sociales ha sido analizada por Lucien Febvre y Henry-Jean Martin. De esta manera, el libro pierde su insularidad, para ganar dimensión y profundidad social. Pero también hay que señalar que Febvre y Martin identificaban la aparición del libro con la imprenta; de paso, dejaron de lado gran parte de la historia del libro manuscrito que rigió, durante toda la Antigüedad, los modos de conservación y divulgación. Véase Lucien Febvre y Henry-Jean Martin, *La aparición del libro* [1958], México, Fondo de Cultura Económica, 2005. Robert Darnton ha estudiado la inmensa complejidad del mundo editorial y el mercado de libros en el contexto de la publicación de la *Encyclopédie* en

pie de página,⁵⁴ en los recursos de las citas y en la precisión documental, una representación que le separaba de la literatura, mientras convocaba públicos específicos que hallaban, en las páginas de los libros de historia, un saber concreto y políticamente coherente.

Elementos tipográficos como las notas al pie, la presentación cuidadosa de documentos y fuentes bibliográficas sirven para mostrar, de manera empírica, de qué modo el análisis histórico se diferenció de la literatura, pues servían

el siglo XVIII. Al respecto, véase Robert Darnton, *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800* [1979], México, Fondo de Cultura Económica, 2006. Además, véase Frédéric Barbier, *Historia del libro*, Madrid, Alianza, 2005. Sobre las relaciones entre la imprenta, la implantación tipográfica y la circulación de ideas, véase: Elizabeth L. Eisenstein, *The printing press as an agent of change*, Cambridge, University Press, 1979. De la misma autora, *The printing revolution in early modern Europe*, Cambridge, University Press, 2005. La versión en español fue publicada como *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna*, Madrid, Akal, 1994.

⁵⁴ Véase A. Grafton, *op. cit.*

para enfatizar en la corrección de lo narrado, de tal suerte que la objetivación y la organización metódica del análisis histórico estuvo fuertemente sustentada en estos mecanismos prácticos que ayudaron en su proceso de autonomización. Las notas al pie enseñaban al lector las huellas del pasado como testimonios abordados sistemáticamente. La visibilización de las operaciones metódicas que soportaban el análisis histórico y que dirigían el trabajo del historiador ayudó en la formulación de sistemas de representación que, desde luego, distinguían al análisis histórico de otros géneros escritos, y al historiador de otros escritores. Cabría preguntar: ¿de qué modo se fueron institucionalizando y formalizando esos procesos? ¿Cómo esos sistemas de verificación y exactitud confluyeron en la creación con respecto al historiador como sujeto y a su oficio?

El libro de historia –bajo sus formas propias– garantizaba la difusión rápida de los conocimientos, facilitaba la creación de vínculos más allá de las fronteras nacionales y permitía la aparición de comunidades académicas que

reivindicaban la utilidad del saber y los nuevos métodos de trabajo intelectual. Estos últimos, pese a las particularidades temáticas dictadas por las necesidades de consolidar naciones, reclamaban unos procedimientos epistemológicos comunes, objetos similares y metodologías que definieron la Historia más que como un saber de índole nacional, como un saber específicamente moderno, fruto de operaciones de crítica, análisis y elaboraciones teóricas, un saber destinado a públicos y a usos sociales dirigidos por las demandas de las naciones en proceso de definición y de los estadios de legitimación de tipo estatal.

Los formatos ayudaron a definir tipologías específicas al análisis histórico, pues a la par que se produjeron grandes y voluminosas colecciones, resultado de técnicas racionales de elaboración, aparecieron, también, colecciones documentales impresas, necesarias para conservar la memoria de la historia nacional. Las colecciones documentales fueron objeto de trabajo crítico por parte de los primeros historiadores y herramientas importantes para su propia labor.

Además, aparecieron los libros de historia de uso escolar, los manuales escolares de historia, libros que combinaban la función memoriosa y comunicativa de la escritura, con la de un saber indispensable para la incorporación de preceptos políticos que contribuían en la formación de “buenos ciudadanos”.

Esta tipología histórica se caracterizó por la recurrencia a formas editoriales simples, portables y de bajo costo, por el uso de recursos narrativos provenientes de la tradición jurídica como el prontuario, el catecismo y la hagiografía que, a su vez, se transformaban en prontuarios de historia, catecismos históricos o biografías patrióticas. El libro de historia nacional organizaba sus contenidos para facilitar la alternancia entre oralidad y escritura, y de este modo alcanzar a públicos analfabetos o en los que los libros no llegaban a todos los sujetos.

La existencia de formatos de libros de historia señala también las pautas de elaboración y presentación del conocimiento, los públicos y los usos para los cuales estaban destinados, además de las prácticas epistemológicas de los histo-

riadores, que diferenciaban entre un libro para doctos y comunidades académicas, y libros para públicos amplios, portables, baratos y destinados a ser leídos y divulgados en cualquier lugar y a cualquier hora. Libros en cuarto y en octavo fueron importantes en la determinación y la cualificación de los públicos.

Roger Chartier nos brinda un excelente colofón cuando decía que: “el escrito es transmitido a sus lectores o auditores por objetos cuyas lógicas materiales y prácticas es necesario comprender”.⁵⁵

Historia, historiadores y soportes

El análisis histórico se hizo responsable de pensar el pasado, de hablar la verdad de los hechos acontecidos, de disponer de los métodos y “las colecciones” sobre las cuales se contaría la realidad de tales hechos. Este saber, objetivado

⁵⁵ Roger Chartier, *Escuchar a los muertos con los ojos. Lección inaugural en el Collège de France*, Buenos Aires, Katz, 2008, p. 19.

por la práctica de metodologías propias de investigación, comprobación y escritura, ha resultado también de reglas y convenciones sociales establecidas por instituciones de poder que decantan las funciones sociales de los historiadores, habilitan sus procedimientos de investigación y sitúan problemáticas en condiciones sociales e históricas que encuentran, en la investigación del pasado, la posibilidad de entender su propio presente. Afirmaba Michel de Certeau que toda investigación histórica se ve circunscrita al lugar y al tiempo donde se produce;⁵⁶ ambas coordenadas puntualizan los límites de sus indagaciones, los procedimientos técnicos, los recursos teóricos y las preguntas que signan el camino a seguir, una afirmación que reivindica para el análisis histórico su determinación y destinación.

Si bien el análisis narrativo y el énfasis sobre el discurso aportaron muchas claves para

⁵⁶ M. de Certeau, *op. cit.*, pp. 81 y ss.

comprender la compleja naturaleza del análisis histórico y para entender algunos de los factores que ayudaron en su proceso de formación, siguen rondando preguntas que abordan de manera empírica sus relaciones con la sociedad, las modificaciones que se han producido en los modos de contar, representar y aprehender el pasado, y la mutua incidencia entre historiadores y sociedad: ¿quiénes son los lectores de los libros de historia? ¿Cómo participa la ciencia histórica de la industria editorial y de los mercados de impresos? ¿Cuáles son los temas y los enfoques que prefieren los lectores? ¿Determinan los públicos y la industria editorial los modos de escritura y el uso de recursos como sistemas de citación de fuentes, notas de pie de páginas y pruebas de erudición? ¿Cómo incide el formato en la organización textual y en el estatuto epistemológico? ¿Define el mercado editorial las áreas de investigación de los historiadores?

Como hemos pretendido señalar en este texto, el análisis histórico moderno se define por procedimientos técnicos y narrativos que ayudan a perfilar sus singularidades con respecto a y

diferenciando de la condición de género literario con que se le identificó en la Antigüedad; también por los mecanismos de divulgación y circulación que, por medio del libro y a través de la lectura, han hecho del estudio del pasado un saber útil y un referente de formación académica, política y cultural para las sociedades modernas. Lectores y formatos son esenciales para comprender los sentidos que ha cobrado el análisis histórico.

Además, es importante analizar las significaciones y las particularidades que en los historiadores pudieron determinar los soportes y la idea de los públicos. Aunque lectores y formatos definen sentidos, los productores y las estrategias editoriales propenden por controlar esos sentidos, por impedir la arbitrariedad a la hora de leer e interpretar lo leído. Pero los formatos también imponen límites a la escritura, y la presunción de un público no docto o de un público especializado es fundamental a la hora de pensar en los modos de presentación de los contenidos del análisis histórico.

Esta ecuación estaría incompleta si no se atiende al hecho de que la definición y la gesta-

ción del saber histórico, aunque fue parte de un proceso de configuración más o menos común en el mundo occidental, deben ser vistas en manifestaciones singulares de tipo nacional, pues estas singularidades estuvieron en parte signadas por el desarrollo de la industria editorial, por la universalización de la lectura y la escritura en sociedades particulares, por la capacidad de institucionalización y formalización de los saberes, por las urgencias narrativas en términos de naciones y por la formación de una élite de escritores que encontraran en la narrativa histórica un mecanismo de reconocimiento político y de ascenso social.

El estudio de la institucionalización del saber histórico y de uno de sus corolarios de apropiación y uso de formatos e impresos, permite analizar complejos procesos de formación nacional que, como han mostrado los teóricos del nacionalismo, estuvieron relacionados con la aparición de una lengua nacional, la creación de mercados nacionales de lectores, el surgimiento de impresores e impresos, y la inculcación, a través de diversos soportes y es-

pacios de socialización, de una narrativa histórica que definió la cronología nacional y el panteón de héroes, villanos y acontecimientos imprescindibles para la creación de lazos diacrónicos y sincrónicos.⁵⁷

La configuración del análisis histórico se enriquece con la inclusión de factores como las dinámicas de publicaciones, la existencia de públicos activos y la conformación de prácticas e instituciones que cooperan en la divulgación y ayudan a decidir los usos. Sin el desarrollo de una industria editorial destinada a mercados cada vez más vastos y sin los avances tecnológicos editoriales que concedieran especificidades al análisis histórico, la comprensión es parcial y deja por fuera las relaciones entre tal proceso y la sociedad moderna. El libro se consagró como la forma que mejor representaba un saber erudito, documentado y preciso, que requería de

⁵⁷ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* [1983], México, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 17-217.

tiempo y decantación; por eso, el libro de historia se mostraba como un producto acabado, fruto de la laboriosidad del historiador, a diferencia de la literatura que, bajo su manifestación folletinesca, condicionaba los ritmos de escritura del autor a las demandas del mercado: novelas por entregas, cuya escritura y publicación se prolongaba según las apetencias del público lector. Los libros de historia, en cambio, se enseñaban como productos unitarios y acabados a través de los cuales se encarnaba la labor de un autor erudito y preciso, distinto al escritor-creador literario.

Walter Benjamin analizó de qué manera los procesos de urbanización y las nuevas costumbres modernas incidieron en la consolidación de una industria editorial cuyos formatos cortos, sencillos y de bajo precio facilitaron que amplios grupos sociales llegaran a ellos.⁵⁸ Para Benjamin,

⁵⁸ El problema se halla enunciado y desarrollado parcialmente en *El autor como productor*, texto que se ocupa del escritor y la transformación política. Benjamin parte de la evidencia soviética. Allí, la participación de los

pensar en un texto era incluir las dimensiones de la técnica, los oficios dedicados a su producción, los formatos, los lenguajes y los autores, los usos y los modos de apropiación. Benjamin abandonó la idea de la escritura como un acto creativo

lectores en los periódicos diluyó la diferencia entre el escritor y el lector, anunciando la refundición de los géneros escriturarios, el intercambio de roles entre escritores y lectores, y evidenciando la comprensión de la escritura como parte de un proceso técnico que comprende el estilo, la reproducción y el público. Véase Walter Benjamin, *El autor como productor* [1934], traducción y presentación de Bolívar Echeverría, México, Itaca, 2004. En “La obra de arte en la época de reproductibilidad técnica”, Benjamin sigue estudiando el problema. Aquí su exploración lo lleva a la fotografía y el cine como productos que transparentan el nuevo papel de la obra de arte, que pasó de ser una creación definida por la unicidad y la distancia por el valor de culto, a una producción reproducida al infinito en la que prima el valor de uso. Es el derrumbe del aura de la obra de arte y la aparición de la relación inédita entre el arte y la masa que puede apropiarse de ella y convertirla en experiencia. Véase Walter Benjamin, “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”, en: *Discursos ininterrumpidos I* [1936], Buenos Aires, Taurus, 1986, pp. 15-60.

ligado a la genialidad, mostrando que, para el caso de la sociedad del siglo XIX, la escritura se convirtió en una producción supeditada a las leyes de demanda y oferta, y a la evolución de ciertas habilidades técnicas que permitieran al escritor la elaboración de libros atractivos para sus potenciales lectores.

Así, la pregunta por el análisis histórico debe incluir esta dimensión, ya que se hace saber específico debido a las condiciones desarrolladas por las industrias editoriales que empezaban a cualificar y puntualizar públicos, y gracias también a las posibilidades amplias de circulación que abrió la imprenta, aprovechada por las naciones en proceso de formación, las cuales organizaron mercados de libros reservados a la formación de los nuevos ciudadanos, libros de uso escolar y saberes prácticos que favorecieran su vinculación al mundo de la civilización y del progreso.

El análisis histórico fue definitivo en este proceso como un saber que representaba los logros de la civilización, la razón y la escritura, en oposición a la barbarie de los pueblos

sin escritura, carentes de una Historia institucionalizada, responsable de narrar las virtudes del progreso y los beneficios de la civilización, un saber materializado en soportes pensados para un público ávido de conocer sus contenidos, un público de lectores de libros de historia, cualificados para desentrañar en las minuciosas citas de pie de página, en las notas al margen, en los sistemas de citación, en las formas de presentación y crítica de la documentación, la laboriosidad del oficio, la búsqueda de la verdad y las singularidades epistemológicas, historiográficas y librescas de la ciencia histórica.

Impresión, ciencia histórica y formatos

El proceso de constitución del análisis histórico estuvo enmarcado en la diferenciación entre la función de registro que había mantenido la escritura histórica y la función de comunicación y circulación de nuevos saberes. Parte de ese proceso estuvo subordinado a la conformación de lo que Ricoeur denomina *la memoria archivada*, aglutinada en espacios y formas destinadas a organizar los registros escritos, procedentes del

pasado, gesto que ayudó a especificar las prácticas historiográficas y el oficio del historiador. Los documentos recogidos en los archivos fueron la pieza central sobre la cual el análisis histórico precisó su estatuto epistemológico y sintetizó las formas de materializar y presentar el saber al público. La base documental de la escritura histórica garantizó la factualidad de lo narrado, frontera indiscutible en la separación entre análisis histórico y narración literaria, o entre realidad y ficción.⁵⁹

El soporte documental funcionaba como prueba que respondía por las afirmaciones hechas por el historiador, cuyo método principal se apoyaba en su capacidad de hacer una lectura coherente de los documentos y con ellos fundar un conocimiento que, en su raíz, divergía de la memoria y se especializaba en la producción social de un saber definido como narración verdadera de acontecimientos verdaderamente acae-

⁵⁹ P. Ricoeur, *La historia, la memoria, el olvido*, op. cit., p. 213.

cidos, cuya existencia se corroboraba palmo a palmo en los documentos que en los archivos consultaba el historiador.

La separación entre *historia* y *memoria* se vislumbra en parte en este proceso, pues mientras la segunda remite a un aquí, un ahora y un destinatario preciso, los registros escritos conservados en el archivo cobran pertinencia sólo en la medida en que el historiador, mediante prácticas epistemológicas precisas, convierta sus datos en hechos históricos narrados bajo estrategias legibles y formatos precisos que siempre remiten a la fuente como verificación de toda afirmación escrita. El uso de los archivos y la definición de cuerpos documentales señalaron los rumbos críticos de la Historia como saber racional, sometido a las recapitulaciones, un saber que sólo podría estabilizar su objeto a partir de la convergencia de variados estudios, la contrastación de fuentes y la construcción y la demolición permanente de sus propias temáticas. La extensión de lazos epistemológicos y comunidades científicas encontró en el impreso y su ágil circulación un medio central en

la definición del estatuto epistemológico, historiográfico y filosófico de la Historia moderna.

Es innegable la condición narrativa del análisis histórico, lo que no niega su ambición analítica y racional.

La función comunicativa de la escritura histórica incidió en la producción y la organización de la escritura, y en la presentación de la fuente escrita como soporte ineludible en el proceso de verificación y de construcción de la verdad. El documento reemplazaba la idea del historiador como recopilador de testimonios directos, ya porque hubiese sido testigo directo de los acontecimientos narrados o, en su defecto, contara con los testimonios de testigos oculares. La relación entre Historia y testimonio directo representa, en primera instancia, la mixtura que a principios del siglo XIX hacía que prevaleciera su función memoriosa. Pero esta mixtura definía que antes que ser conocimiento de tiempos remotos, el conocimiento histórico se remontaba a hechos más o menos contemporáneos, narrados por personalidades cuya sabiduría del pasado se

entroncaba con su calidad social, su valía política y su valentía militar.⁶⁰

A medida que definió sus fronteras, el análisis histórico amplió el interés por una comprensión racional y crítica del pasado más remoto. En ese proceso, la definición del archivo y la canonización del documento como sistema de prueba y cientificidad del relato elaborado por el historiador fueron decisivas. Paulatinamente, el historiador definió sus fronteras en función de sus posibilidades de representar el pasado, esto es, de dar al pasado dimensión social, pertinencia política y existencia concreta a través

⁶⁰ Veamos el caso de José Manuel Restrepo, uno de los más relevantes historiadores hispanoamericanos del siglo XIX, quien tenía una concepción de la Historia como memoria escrita de los acontecimientos de los que había sido testigo: “El deseo de recordar los hechos de los ilustres guerreros y de los políticos que han fundado la república de Colombia mi patria, me ha puesto la pluma en la mano de trazar un cuadro de la historia de la que he sido testigo”. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia*, París, Librería Americana, 1827, tomo I, p. 9.

de la escritura. La práctica histórica recurrió a la maduración de procedimientos críticos y a la objetivación del conocimiento histórico, protegido de la arbitrariedad de las narraciones y de la subjetividad, mediante el uso de la fuente y de la validación del oficio por los procedimientos y las técnicas precisas en la elaboración del conocimiento histórico. El historiador mismo se definió como sujeto particular enfocado en la elaboración minuciosa y técnica de su oficio, en contraste con el literato, que quedó sometido a los vaivenes creativos de la genialidad.

Estas representaciones sobre sujetos y oficios son también elementos que ayudan a la comprensión de los transcurso epistemológicos de un saber y a las representaciones sociales que les dan forma. Avanzar sobre el sujeto historiador, inserto en las lógicas de producción de un saber y de representación de un oficio, podrá abrir importantes vías de comprensión sobre la sociedad y las formas que ayudan a la organización y uso del mismo.

Los archivos también fueron objeto de atención por parte de historiadores eruditos intere-

sados en que fueran publicados para conservar sus contenidos y para facilitar su acceso a otros historiadores que encontraran en tales publicaciones materias indispensables para su quehacer. Además, la publicación de cuerpos documentales reivindicaba las potencialidades comunicativas de los documentos, puestos al servicio de públicos que podrían acceder a un conocimiento más exhaustivo del pasado. La anuencia de la imprenta y la creciente tendencia, sobre todo a mediados del siglo XIX, a hacer publicaciones especializadas que buscaban conservar y dar a conocer documentos importantes en la definición de los cánones historiográficos fueron fenómenos ligados y decisivos para la formalización del saber histórico. Así, a partir del siglo XIX, empezaron a aparecer tres tipos característicos de libros de cariz histórico, cada uno de ellos dirigido a públicos y con finalidades específicas: las colecciones documentales impresas, los estudios propiamente históricos y los libros de uso escolar. Cada una de estas tipologías remite a públicos, usos y formatos que son decisivos a la hora de

analizar las vicisitudes epistemológicas de la ciencia histórica y sus avatares historiográficos, o sea, las variaciones en los procedimientos de la escritura y las estrategias dirigidas a consolidar géneros, a conquistar públicos y a definir los límites y los alcances de la escritura y su materialidad.

Una de las herramientas más importantes en la definición de la ciencia histórica fue la incorporación de notas al pie de página, las que cumplían, entre muchos otros, dos objetivos importantes: el primero, servir de medio de demostración de la tarea minuciosa, casi científica del historiador, y el segundo, servir de prueba que demostrara las afirmaciones hechas. En pocas palabras, la nota al pie de página aseguraba el estatuto cada vez más crítico y racional de la Historia.

La existencia de citas al pie también asignó las formas de lectura por parte de los historiadores, quienes en ellas encuentran la arquitectura de los textos históricos e importantes puntos de partida para nuevas investigaciones. Y fue por la lectura de una cita de pie de página que empezó el interés

por la relación entre la escritura histórica, sus formatos y públicos. Se trata de una nota al pie en la que Norbert Elias⁶¹ recuerda la esperanzada actitud del historiador inglés William Stubbs, cuando éste auguraba éxitos para los estudios históricos con una escuela histórica fundada que contaba con “materiales coleccionados y ordenados que están ahora publicándose”, que a la postre serviría para otorgar a la Historia un estatuto “cultivado por sí mismo”,⁶² lejos de las

⁶¹ Norbert Elias, “Introducción”, en: *La sociedad cortesana* [1969], México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 14. Nos referimos a la cita 2 de la página 14 que sirve para explicar la importancia que concedió Ranke al estudio exhaustivo de las fuentes. La publicación de las colecciones documentales en Alemania fue denominada por sus impresores *Monumenta Germaniae Historica*, muy cuidadas de fuentes para el estudio de la historia alemana, desde finales del Imperio Romano hasta el año 1550. El editor entre 1826 y 1874 fue Georg Henri Petz. Véase *Monumenta Germaniae Historica*, sitio web: *Monumenta Germaniae Historica*, disponible en: <http://www.mgh.de/geschichte/geschichte-allgemeines/>, consulta: 14 de febrero de 2013.

⁶² N. Elias, “Introducción”, *op. cit.*, p. 14.

pretensiones retóricas de oradores que se lucían ante auditorios ignorantes, o para componer artículos para lectores de periódicos.

Las palabras de Stubbs pueden ser leídas como una convocatoria a hacer de la Historia un oficio cada vez más autoconsciente, más crítico y reflexivo frente a su propio quehacer. Empero, el oficio está unido a formas materiales, en este caso, la publicación de fuentes documentales, que fortalecen la separación entre el historiador profesional y el narrador aficionado, y entre literato y erudito investigador. Stubbs enuncia nuevas representaciones del papel del historiador, seguramente modeladas sobre las competencias intelectuales y reflexivas que pretendían atraer a inteligentes lectores que, a diferencia de la masa, buscaba el conocimiento objetivo antes que el entretenimiento y el ocio.

En el caso de Colombia, la motivación fundamental para la fundación de la Sociedad de Historia de Colombia estuvo dada por la creciente preocupación de dos de sus miembros fundadores por llevar a la imprenta documentos de gran importancia para la historia del país, y

salvarlos del riesgo de la destrucción definitiva.⁶³ Se justificaba la publicación de esos documentos como sinónimo de cultura: “se salvarían así interesantes manuscritos, se daría prueba de civilización y de amor patrio y se evitaría que se perdieran por descuido o por desastre”.⁶⁴ Los líderes de esa iniciativa, Pedro Ibáñez y Eduardo Posada, redactaron un mes después los estatutos de la Sociedad de Historia, base de la Academia Colombiana de Historia, fundada en 1903, derrotado importante en la definición del análisis histórico en el país.

⁶³ Archivo General de la Nación (AGN), Serie República, Fondo Ministerio de Instrucción Pública, anexo II, caja 5, carpeta 3, Bogotá, diciembre 24 de 1901, fol. 12. Entre el listado de obras que recomendaban publicar estaban: *Diario del siglo XVIII*, por José Antonio Vargas Jurado, bogotano (1538-1780); *Libro de varias noticias particulares que han sucedido en esta capital de Santafé de Bogotá (1743-1819)*, de José María Caballero; *La Patria Boba* por el presbítero Torres y Peña, y *Diario político*, por el señor José Manuel Restrepo.

⁶⁴ *Ibid.*, fol. 12.

Muchos de los puntos señalados aquí apenas empiezan a despertar el interés de los investigadores del país. A menudo, expertos en la historiografía de otras latitudes dan por sentado que los procesos pueden ser implantados sin misterio alguno y con frecuencia ignoran los tránsitos y los desplazamientos de nuestra propia historiografía, o aun peor, tienden a condenar, sin argumentos apropiados, la Historia escrita en Colombia durante el siglo XIX y hasta mediados del siglo XX. Empezar a plantearse preguntas por la formalización del análisis histórico en Colombia, por los medios de divulgación y por sus mecanismos de presentación, es preguntarse, también, por las narraciones y las representaciones que ha adoptado una sociedad; es permitirse mirar de qué manera la sociedad colombiana ha construido las fronteras que definen el saber sobre sí misma y la autoconciencia histórica que nos ayuda a representarnos y a elaborar narraciones sobre nuestra experiencia como comunidad. Además, es abrir los ojos ante nuestros propios recorridos, en pos de consolidar una Historia que, objetivamente, sea capaz de

dar respuestas sobre lo que fuimos y sobre lo que podremos ser.

Existe un campo enorme de posibilidades para futuros trabajos que, interesados en la Historia, propendan por hallar respuestas en el mundo de las prácticas, de las relaciones sociales y de las demandas cotidianas; que entiendan que el análisis histórico no sólo no es un saber hermético, sino que es un saber profundamente material e indisolublemente unido a la sociedad, que demanda investigaciones que tienen, desde luego, un fondo teórico y una gran complejidad epistemológica, pero sobre todo, que poseen una amplia superficie empírica sobre la que se puede empezar a preguntar.